

Emilio

SOLER PASCUAL

La aventura de Malaspina

*La gran expedición científica del siglo XVIII
por las costas de América, las Filipinas y
las islas del Pacífico*



Alejandro Malaspina —marino, aventurero y admirador del célebre capitán Cook— protagonizó a finales del siglo XVIII la mayor expedición llevada a cabo bajo bandera española en aquella época de exploraciones y descubrimientos. Al mando de dos corbetas equipadas con todos los instrumentos necesarios para las investigaciones botánicas, astronómicas y cartográficas, Malaspina recorrió las costas de América, desde Montevideo hasta la Patagonia, y de allí a Alaska; cruzó el Pacífico hasta las Filipinas, deteniéndose en las islas Vavao, y regresó a España cinco años después de su partida. Su «Diario de viaje», escrutado y comentado por Emilio Soler Pascual, recoge día a día las peripecias de la expedición; desde las incidencias de una navegación azarosa y la búsqueda de pasos marítimos desconocidos, hasta sus encuentros no siempre pacíficos con los nativos. También incluye las agudas observaciones de Malaspina sobre el lamentable estado de las posesiones españolas, que tanto contribuirían a hacerle caer en desgracia a su regreso. El conjunto, acompañado de una buena muestra de los dibujos realizados en el curso de la expedición, constituye un testimonio tan fascinante como instructivo de un viaje que con el paso del tiempo ha ido adquiriendo visos de leyenda.

Índice de contenido

Introducción

Apunte biográfico

En la Armada española

El proyecto de expedición y la partida

América del Sur

Centroamérica

Norteamérica

Filipinas

Rumbo a la Terra Australis

Las paradisíacas islas del Pacífico

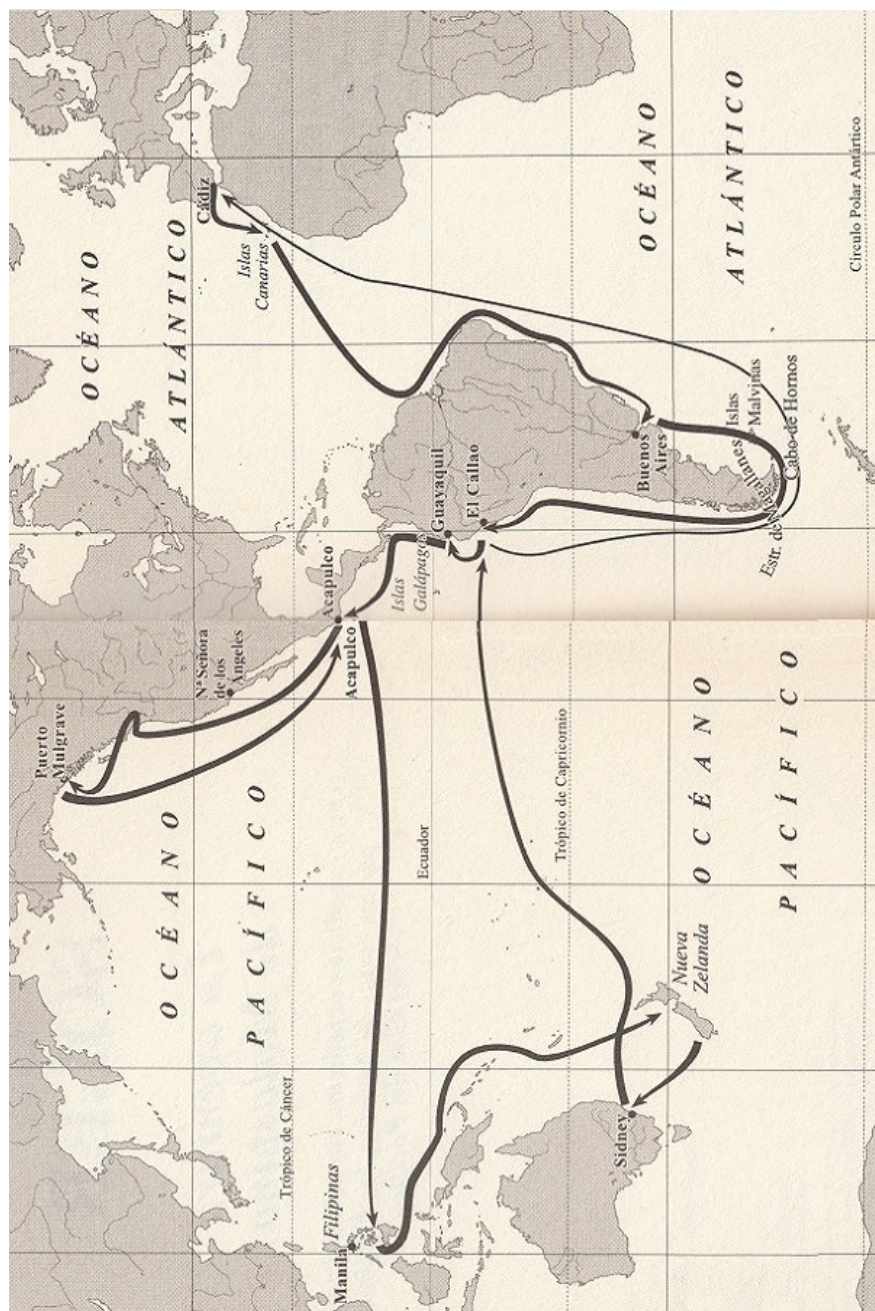
América otra vez

El regreso

La conspiración

La prisión y los últimos años

A Concha y a Laura, que han aprendido a convivir con Alejandro Malaspina tal como si fuera uno más de la familia. Y, claro está, para Mercedes Palau: ella fue la chispa que encendió la hoguera.



Introducción

El marino Alejandro Malaspina fue anotando, casi a diario, todos los sucesos acaecidos en la expedición durante los cinco años que duró su itinerario marítimo. Al mando de las corbetas *Descubierta*, comandada por él mismo, y *Atrevida*, capitaneada por José Bustamante y Guerra, en 1789 zarpan del puerto de Cádiz para una travesía que les llevará por remotos confines del globo: Canarias, costas orientales de América del Sur, las islas Malvinas, el estrecho de Magallanes, las costas chilenas, peruanas y colombianas, Panamá, Nicaragua, México, California, Vancouver, Alaska, las islas Marianas, Filipinas, Nueva Zelanda, Australia, Vavao...

Su *Diario de Viaje* es el testimonio de aquella expedición científica y de su apasionante aventura.

Esta narración de primera mano, del puño y letra de Malaspina, en la que muchas veces echamos en falta más comentarios personales y lamentamos el exceso de sobriedad, es el que tomamos como punto de referencia para relatar al lector una parte importante de la vida del navegante español, la que corresponde a la famosa expedición. Sobre este texto, hemos tratado de soslayar las frases más que ilegibles en ocasiones; hemos evitado, en lo posible, la ortografía y sintaxis dieciochesca; y hemos huido de la fraseología científica al uso a fines del llamado Siglo de las Luces, anticuada y difícil de comprender para el lector del siglo XXI. También hemos intentado mantener el esquema

cronológico de la narración para que se puedan seguir con cierta comodidad sus peripecias viajeras y aventureras.

Las fuentes para la redacción de una parte de este libro han sido la documentación archivada en el Museo Naval, que manejamos hace ya mucho tiempo, pero con su correspondiente actualización para estos fines; la magnífica transcripción efectuada por el profesor Ricardo Cerezo del *Diario* de Malaspina y publicada por el Ministerio de Defensa en colaboración con el Museo Naval; el texto rescatado y ampliado por Mercedes Palau, Blanca Saiz y Aránzazu Zabala, publicado por el teniente de navío Pedro Novo y Colson en el año 1885; la relación literaria del viaje editada por Martín Fernández Navarrete en 1849; y algunos fragmentos de otros diarios escritos por personas que viajaron en la expedición de Malaspina.

Los que hemos estudiado la figura de este ilustre marino hemos recurrido, principalmente, al archivo del Museo Naval de Madrid. Allí se encuentra un riquísimo fondo documental que consta de miles de hojas escritas a mano por Alejandro Malaspina. Gracias a la dedicación y experta dirección de la doctora María Dolores Higuera ha sido posible que vieran la luz espléndidos trabajos sobre el brigadier de la Armada, que lógicamente también han sido detenidamente estudiados en esta ocasión.

Para la edición de este libro de viajes y aventuras, han sido de gran utilidad los trabajos parciales que sobre las escalas de Malaspina escribieron historiadores de todos los países de su entorno, así como las actas de las numerosas reuniones científicas dedicadas a la figura del famoso navegante en los últimos quince años.

Hemos tratado de escribir esta narración en forma amena y fácil de entender para el lector no especialista. Al mismo tiempo, se ha procurado explicar cada situación de crisis dentro de su contexto histórico, se ha intentado aportar datos sobre personas y lugares que aparecen en la aventura de Alejandro Malaspina, así como eliminar cualquier re-

ferencia científica o gramatical que en la actualidad pudiera resultar oscura. Con objeto de facilitar la lectura de esta apasionante aventura, hemos omitido las notas a pie de página, y en alguna ocasión extrema hemos utilizado corchetes para aclarar algún término o concepto.

Si la figura de Malaspina permaneció en el olvido durante casi doscientos años, en la década de los ochenta se produjo un acercamiento a su figura y su pensamiento que le permitió abandonar los fondos archivísticos donde se hallaba ignotamente sepultado. Don Alejandro comienza a ser conocido en los ámbitos científicos y académicos. Los múltiples congresos y exposiciones que rodearon los fastos del 92 contribuyeron a ello.

Como consecuencia, hoy en día, Alejandro Malaspina ya comienza a figurar en algunos manuales de historia, como el del profesor Enrique Giménez, entre otros, y su bibliografía, ampliamente estudiada por Blanca Saiz, supera con creces los dos mil títulos. A la hora de preparar esta edición consultamos «Alejandro Malaspina» en Internet y hallamos más de veinte mil documentos.

No cabe duda, pues, de la importancia que posee nuestro personaje. Por eso celebramos la aparición, en una edición para el gran público de una obra sobre un filósofo y aventurero que merecía figurar en nuestras bibliotecas. Esperamos, eso sí, que la maldición que pareció perseguir a tan ilustre e ilustrado personaje en vida no se extienda a la difusión de su importante obra...

Salvo error u omisión, nunca descartables, toda la historia que se narra es absoluta y rigurosamente cierta. Aunque, a veces, por apasionante y fantástica, no lo parezca.



Retrato del brigadier Alejandro Malaspina. Anónimo. Museo Naval. Madrid.

Apunte biográfico de Alejandro Malaspina

Nos encontramos en la hermosa Lunigiana: tierra de castillos y colinas, de brumas y castaños, lugar de paso entre el norte y el sur que tuvo un enorme valor estratégico en la Edad Media. El propio Alejandro Malaspina inició un tránsito semejante a temprana edad cuando marchó a Palermo y Roma para comenzar su educación.

Poco conocemos de su infancia en el pueblo de Mulazzo, que con absoluta seguridad fue su lugar natal, a pesar de que en su hoja de servicios del archivo Álvaro de Bazán conste como tal la ciudad de Parma. Mulazzo, donde la tradición señala que estuvo encerrado en una ruinoso torre medieval el mismísimo Dante Alighieri, es en la actualidad un pequeño pueblo encastillado y rodeado de viviendas dispersas, que se yergue, orgulloso de su linaje, en una estrecha franja bordeada por el río Magra. En aquel tiempo, la pequeña localidad formaba parte del ducado español de Parma.

El antiguo ducado de Parma fue establecido en 1545 por el pontífice Paulo III y, tras innumerables vicisitudes, España volvió a recobrar su soberanía en 1748 mediante el Tratado de Aquisgrán. Por este armisticio le fue reconocida su legítima posesión al infante don Felipe, hermano del futuro monarca hispano Carlos III.

La familia de los Malaspina había conocido tiempos mejores y, a mediados del siglo XVIII, los marqueses veían menguar su hacienda y comprobaban que sus antiguos fastos

dejaban paso a una época mucho más austera. Ésa era la situación de Cario Morello Malaspina, marqués de Mulazzo, cuando, un 5 de noviembre de 1754, nació su hijo Alejandro.

El profesor Manfredi, excelente biógrafo de Malaspina, afirma que el marqués era el más intrépido de su familia y que, en virtud de esas cualidades, pronto decidió el porvenir de sus hijos: Azzo Giacinto, el primogénito, sería su sustituto en la dirección del feudo; Luigi y Alessandro se dedicarían, respectivamente, a la carrera eclesiástica y militar. Como buen aristócrata, Cario conocía perfectamente que una esmerada educación y el respaldo de poderosas influencias facilitarían a sus hijos el camino hacia una sólida posición.

Cuando Alessandro Malaspina cuenta siete años de edad, toda la familia se traslada a vivir a Palermo, donde Giovanni Fogliani Sforza, familiar de su madre y hombre muy religioso, ocupaba el cargo de virrey de Sicilia a las órdenes del nuevo monarca español Carlos III, el mismo soberano que, durante veinticinco años, había reinado en Nápoles. A los diez años, el pequeño Alessandro Malaspina marcha a estudiar a Roma, al colegio Pío Clementino. Esta institución educativa era una de las más prestigiosas de la época, con una antigüedad de más de 150 años. Allí, coincide con otros destacados nobles españoles como Nicolás de Azara y José Moñino, futuro conde de Floridablanca, con los que Alessandro siempre mantuvo una buena amistad.

Más de un lustro permanece el joven de Mulazzo entre aquellos muros donde poco a poco se va haciendo patente su afición por las ciencias, la geografía y las lenguas. Dos maestros son los principales artífices de la sólida formación de Alessandro: de un lado, su profesor de retórica, que le inculca el amor por la geografía y por los atlas, textos fundamentales para cualquier asignatura científica; de otro, su profesor de física, que le dirige su espléndido trabajo *The-*

ses ex phisica generali, donde ya aparecen algunos temas que Malaspina desarrollaría años más tarde.

Darío Manfredi asegura que en este importante texto académico Alessandro determina con claridad su postura intelectual: se define como un ecléctico observador, carente de conceptos previos y siempre dispuesto a seguir aquellos aspectos que le parezcan convincentes en cada teoría. Así, pues, su posición equidista tanto del racionalismo cartesiano como de la experimentación newtoniana.

En el año 1773, Alessandro termina sus estudios y decide seguir la carrera militar. Al poco, ingresa en la Real Armada de Su Majestad Católica, siempre bajo la tutela de su poderoso tío.

Antes de partir para España, Malaspina recibe en la isla de Malta, como todos sus antepasados, la dignidad de Caballero de Justicia de la antigua Orden de San Juan de Jerusalén, instituida en el año 1118 y llamada de la Cruz de Malta desde 1530, fecha de su establecimiento en la isla mediterránea gracias a la concesión otorgada por el emperador Carlos V.

En la Armada española

Alessandro llega a España en el verano de 1774. Viaja en un navío de la Orden de Malta y va acompañado por su tío Fogliani Sforza que, después de haber perdido su puesto de virrey tras una revuelta popular en su contra, trataba de recobrar los favores del monarca Carlos III, al parecer sin demasiado éxito.

La formación recibida por el joven lunigiano le abre de inmediato las puertas en la carrera elegida y, tan sólo unos pocos meses después de llegar a la Corte, sienta plaza de guardiamarina en Cádiz.

Con el ritmo vertiginoso que acompaña todas sus acciones, a comienzos de 1775, Alessandro, que ya se hace llamar Alejandro, logra ascender a alférez de fragata.

Tras su destacada intervención en operaciones militares realizadas en Melilla y Argel, su fama comienza a circular en los ambientes castrenses, en los que se destaca su valor, su sangre fría y su capacidad organizativa. En 1776 se le asciende a alférez de navío y se traslada a Cádiz. Esta ciudad resulta fundamental para la definitiva y sólida formación intelectual y científica del joven Alejandro, que apenas cuenta veintidós años de edad. Aunque ya hacía algún tiempo que el almirante Jorge Juan había abandonado la bahía gaditana, en el ambiente intelectual de la ciudad permanecía su espíritu renovador. Una joven generación de marinos ilustrados se disponía a cultivar la semilla plantada por el

científico, marino y diplomático nacido en el pueblo alicantino de Novelda.

Cádiz vivía por entonces una época de esplendor. Allí no faltaban personajes de calidad: prósperos comerciantes, inteligentes banqueros y finos diplomáticos, entre los cuales sobresalían los italianos. Con toda seguridad, en aquellos días Malaspina estrecha lazos con el que luego sería su mejor amigo, el diplomático y noble Paolo Greppi; de esa amistad ha quedado un abundante y extraordinario epistolario que ha sido muy útil para profundizar en el pensamiento de Malaspina.

Muy pronto, Alejandro navega por el Atlántico, el Índico y el mar de la China. En diciembre de 1777, se embarca en la fragata *Astrea* con rumbo a las islas Filipinas. Su misión consiste en llevar a Manila al nuevo gobernador de la colonia. Por primera vez, Malaspina dobla el cabo de Buena Esperanza y, siete meses después, arriba a la bahía de Cavite.

Como quiera que para poder regresar a España debía esperar la estación de los vientos favorables, el joven oficial, obligado a una estancia de más de cinco meses, se dedica a conocer aquella lejana posesión española. Allí, comienza a comprender que el dominio español sobre las islas es más nominal que real. Al estudiar las leyes vigentes, comprueba que ese dominio no supone ventaja alguna ni para los españoles ni para los míseros habitantes del extenso y poblado archipiélago.

El profesor Manfredi, con la fina ironía que le caracteriza, señala que durante el viaje de vuelta es cuando Alejandro se percató de la excéntrica escala de valores que en lo social tiene la monarquía borbónica, al verse obligado a cargar en la *Astrea* un huésped excepcional asistido por nada menos que cuatro criados: una elefanta, regalo para el rey de España. Posiblemente, recalca Manfredi, ese insólito y raro pasajero da pie al siempre reflexivo Malaspina para filosofar sobre los confusos valores en que se apoyaba el régimen español. Un sistema que se dignaba conceder más

consideración a un animal —por grande y extraño que fuera— que al bienestar de tantos súbditos tagalos...

Cuando la *Astrea* retorna a España, en septiembre de 1779, al joven marino le comunican su ascenso a teniente de fragata.

En 1780, los españoles se encontraban, como casi siempre, en guerra con los ingleses. Francia y España habían hecho causa común con los colonos de Nueva Inglaterra que deseaban independizarse de la Gran Bretaña. España aprovechó esa circunstancia para intentar recuperar la soberanía de Gibraltar. Durante la refriega el joven oficial Malaspina cae prisionero en la defensa de su nuevo navío, el *San Julián*.

Sin embargo, Alejandro logra liberarse y tomar el mando del buque, al que conduce con habilidad hasta el puerto de Cádiz. Su comportamiento intrépido le vale ascender a teniente de navío. Dos años después, tras la desgraciada tentativa hispana de apoderarse de nuevo de Gibraltar mediante unas baterías flotantes cargadas de cañones (que fueron hundidas una tras otra), Alejandro se distingue salvando a muchos de los soldados españoles que corrían el riesgo de ahogarse.

A finales de ese mismo año de 1782, es ascendido al grado de capitán de fragata.

Pero no todo son dichas para nuestro protagonista: de pronto, se encuentra con la desagradable sorpresa de que la Inquisición, tras una delación interesada, le abre juicio porque «se pascaba con el sombrero puesto durante la celebración de las misas de a bordo y, ostentosamente, se retiraba a su cabina antes de que finalizara la ceremonia». Otra de las curiosas acusaciones es que «hablaba y leía libros en francés que no habían recibido el visto bueno de la censura».

A pesar de que se archiva la causa contra el marino, cuando años después caiga en desgracia por su enfrentamiento con Godoy, el proceso volverá a abrirse. Curiosa-